



U A N

IDAD AUTÓNOMA DE NUEVO

CIÓN GENERAL DE BIBLIOTEC

F1391
.T15
D4



1391
T15
04



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE TLAXCALA

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



1080018227

LOS DEMAGOGOS Y SUS ESCRITOS,

O SEA

CONTESTACION AL CUADERNO

TITULADO:

"LOS

ASESINATOS DE TACUBAYA., (*)

I.

Sex sunt quae odit Dominus, et septimum de-
testatur anima ejus.

Oculos sublimes, linguam mendacem, manus
effundentes innoxium sanguinem.

Cor machinans cogitationes pessimas, pedes
veloces ad currendum in malum.

Proferentem mendacia testem fallacem, et cum
qui seminat inter fratres discordias.

Seis cosas son las que aborrece el Señor, y la
séptima la detesta su alma:

Ojos altivos, lengua mentirosa, manos que der-
raman sangre inocente.

Corazon que maquina designios pésimos, pies
ligeros para correr al mal.

Testigo falso que profiere mentiras, y aquel
que siembra discordias entre los hermanos.

Lib. de los Prov. cap. VI, vers. 16, 17, 18 y
19.

El triunfo alcanzado en Tacubaya por los defensores de las ga-
rantías y del orden, por los que en cien y cien combates han der-
ramado su sangre para conservar á su patria la fe de sus mayores,
tranquilizó los ánimos de los habitantes de la capital de la República,
que se veían amagados por las hordas vandálicas de Degollado, en
lo que hay de mas sagrado para el hombre, su religion, su patria y
su familia. Bien hubiera querido el partido del orden, que para
obtener ese triunfo sobre los enemigos de la sociedad no hubie-
ran tenido que regarse con sangre las inmediaciones y las puer-
tas mismas de la capital de la República; bien hubiera querido

(*) Tomado del periódico, titulado: "La Sociedad."

UNIVERSIDAD DE SAN CARLOS DE GUATEMALA
Biblioteca Valverde y Tellez

Capilla Alfonso
Biblioteca Universitaria

038458

que ni un gemido, ni un lamento se hubiera mezclado á las espontáneas aclamaciones de júbilo, á las muestras de gratitud y de entusiasmo con que el ejército vencedor fué recibido por todas las clases de nuestra sociedad, y por las personas mas distinguidas de ella. Pero al partido vencedor le queda el consuelo de que no es él el responsable de la sangre vertida, de que no es él el que ha querido que esas lágrimas se derramasen, y de que los ayos y los lamentos solo servian para recordarle qué partido y qué hombres habian llevado las cosas á tal extremo. No: de los sucesos de los dias 2, 10 y 11 de Abril, ni ante Dios, ni ante los hombres, ni ante la nacion, ni ante el mundo entero, son responsables ni el gobierno supremo de la República, ni el partido de las garantías y del orden, ni los gefes militares que figuraron en primer lugar en esas célebres jornadas.

Por mas que el partido demagogo se esfuerce en presentar los sucesos de la manera que mas cuadre á su necio espíritu de partido, á sus maquinaciones torpes, á su mal encubierta saña contra todo lo que hay de grande y de noble, los hechos por sí solos hablan mas alto, porque han pasado á la vista de todo el mundo; dicen mas en favor de la buena causa, que cuanto puedan decir las falsas y hasta el extremo exageradas narraciones que de algunos dias á esta parte hacen circular impresas clandestinamente los secuaces de la demagogia.

Vencidos los enemigos de la sociedad al frente mismo de la capital de la República, y perdiendo en esa última derrota unas de sus mas halagüeñas esperanzas, hanse retirado á ocultar su desesperacion á los antros mismos en donde fraguan sus perversos proyectos. Imposibilitados de hacer de otro modo la guerra á la sociedad y al partido que defiende los derechos de esta, echan mano de la calumnia, arma vil, propia de tan viles enemigos. Como el reptil venenoso que se oculta bajo la yerba para herir sin ser visto con su emponzoñado aguijon al que descuidado se le acerca, así los secuaces de la demagogia, desde los lugares en donde se ocultan para substraerse á la justicia que los reclama, lanzan sus libelos para atizar con ellos la discordia civil y difundir por donde quiera la calumnia. A ellos puede aplicarse las palabras del sagrado libro que nos sirve de epigrafe, y que dicen: *Seis cosas*

son las que aborrece el Señor, y la sétima la detesta su alma....

Testigo falso que profiere mentiras, y aquel que siembra discordias entre los hermanos.

La hipocrecia, sin embargo, campea en todo el escrito á que vamos haciendo referencia: y, *somos mejicanos, somos cristianos*, claman á voz en cuello los que con sus hechos mismos desmienten sus palabras. ¿Sois mejicanos vosotros los que traficais con el honor nacional, vosotros los que en Veracruz estais vendiendo el territorio de la República, solo por prolongar un dia mas la guerra que haceis á la sociedad y á la religion, y para enriqueceros con el oro que recibais en cambio de una porcion del territorio que os legára el caudillo de Iguala? No; vosotros no sois mejicanos, porque el mejicano ama á su patria; porque fué la de sus padres, porque será la de sus hijos, y no puede ver con corazon tranquilo ni ojos serenos, que pase á poder extraño el suelo en que acaso reposarán unos restos queridos; porque no puede conaturalizarse con la idea de que su propia tumba la cubra un pabellon extranjero. No; vosotros no sois mejicanos. No; vosotros no sois cristianos, porque quereis apagar entre nosotros la antorcha del cristianismo; porque quereis confundir entre los errores de otras creencias la fé de nuestros mayores, porque no quereis que vuestros hijos, ni los hijos de vuestros hijos se alimenten con los principios de esa fé, únicos sólidos, únicos verdaderos, únicos eternos. No; vosotros no sois cristianos, porque convertis en objeto de vuestras necias burlas y de vuestros torpes sarcasmos, las prácticas de la religion del Crucificado. No; vosotros no sois cristianos, porque ajais la dignidad del sacerdocio; porque asesináis al cura de almas, (*) porque nuevos fariseos en el mundo, vejais y es-

(*) Entre la multitud de actos de *clemencia* y de *humanidad*, de que pueden gloriarse los constitucioneros, uno es el martirio del Sr. Cura Ortega. «Ala crueldad feroz de haberle cortado las orejas, sacádole los ojos, y en ese doloroso estado arrastradole de los cabellos, y con otros muchos ultrajes de palabra y obra conducidole al patibulo, que fué en Coscomatepec frente a la casa del Sr. Cobos, y acribilládole allí á balazos, con lo que concluyó su existencia, se agrega que no saciados aquellos tigres con lo que ha-

carneceis al representante de Dios vivo. No; vosotros no sois cristianos, porque no creéis que ese Dios se queda entre nosotros, y entráis á saco en los templos que le ha levantado la piedad del hombre, y derribáis sus altares, y despedazáis sus imágenes y hasta destrozáis las vestiduras de sus ministros ó las convertís en alfombras de vuestras inmundas plantas. No; vosotros no sois cristianos, y cuando os atreveis á clamar *somos cristianos, somos mejicanos*, mentís villanamente, insultáis á la religion y á la patria, os poneis en verdad, al nivel de vuestros crímenes. ¿Quereis que nosotros os digamos lo que sois? Sois una faccion traidora é inmundada que sueña volver á apoderarse del poder que la nacion le arrancara de las manos; sois una turba de malhechores que vivís del pillage y del asesinato; sois los que desmentís la proverbial magnanimidad de nuestros compatriotas y su filantrópico carácter; sois, en fin, los que podeis hacer creer que en estas regiones no ha penetrado la luz del cristianismo.

Audaz é hipócrita, como decíamos antes, el partido demagógico, clama tambien en sus libelos: «No, no pedimos venganza.» ¿Y de qué tendrán que vengarse los que han ejercido las venganzas mas innobles en toda nuestra larga y triste serie de nuestras políticas disenciones? ¿Habrán de vengarse de que la cuchilla de la ley haya caído alguna vez sobre la cabeza de sus partidarios? ¿Habrán de vengarse de que muchos, un sinnúmero de ellos, hayan sido una, dos y tres veces perdonados? ¡Oh! Esto seria muy digno de los enemigos de la sociedad. El reptil miserable y venenoso muerde hasta la mano del imprudente que quisiera acariciarlo. No, no lanzamos un grito de venganza, dice el par-

«bian hecho, destrozaron aquel cadáver dividiéndole en cuartos, y esplicado así su odio al sacerdocio católico» (*La sociedad*). ¿Y estos son los que se glorían de *cristianos y filósofos*, y pretenden dar á sus contrarios lecciones de humanidad? Aun suponiendo la verdad de un hecho que jamás se probará, acuérdesse el autor del folleto titulado: *Los asesinatos de Tacubaya*, de lo que dice Jesucristo: «¿Por que ves la paja en el ojo de tu hermano, y no ves la viga en el tuyo? ¿O cómo dices á tu hermano: *Deja, sacaré la paja de tu ojo*, cuando se está viendo una viga en el tuyo? Hipócrita saca primero la viga de tu ojo, y entonces verás para sacar la mota del ojo de tu hermano» Math. 7.

tido demagógico; y dos líneas antes de estampar estas palabras en el libelo que ha circulado, dice que narra los crímenes que supone cometidos el 11 de Abril, *para provocar contra sus autores el odio de los corazones cristianos*. ¡Insensatos! Así es como el malvado se contradice en sus propias palabras; así es como, sin comprender de lo que son capaces los corazones cristianos, se quiere provocar el odio contra el autor de un crimen, cuando en el supuesto de que tal crimen existiera, el corazon cristiano odiaria el crimen, pero compadecería á su autor.

Si en los sucesos del dia 11 de Abril ha habido crímenes, sus autores fueron las huestes de Degollado; mas bien dicho, los hombres que compelieron á tanto y tanto incauto, á venir hasta las puertas de la capital de la República á traerle la desolacion y el esterminio, porque para Méjico estaban preparadas escenas mas tristes que las de San Luis, mas torpes que las de Morelia, mas sangrientas y horribles que las de Guadalajara. Los proyectos de los demagogos sobre Méjico no pudieron estar ocultos. Súpose que en el desgraciado caso de la ocupacion de la capital, las sagradas bóvedas de nuestros templos y sus soberbias cúpulas debían haber sido voladas por la pólvora; estaba designada de antemano la mejor y mas rica parte de la ciudad, para ser entregada al saqueo; el incendio debía haber devorado las casas de personas notables y de conocido color político. ¿Y al meditar estas escenas de muerte y esterminio, los que en ellas pensaban no oirían una voz que los decia:

Seis cosas son las cosas que aborrece el Señor.....

corozon que maquína designios pésimos, pies ligeros para correr al mal?

No, ciertamente, porque esa voz debería haber sido la de la conciencia, que no puede ser escuchada entre el sordo rumor de torpes bacanales, de inmundas orgias, de sangrientos conciliábulos.

Era un deber, era un deber sagrado de los encargados del orden público y de la conservación de la sociedad, evitar por todos los medios, resistir hasta el último punto la perpetracion de

esos crímenes. Dios y la patria les prescribían ese deber; más aún, les imponían la obligación de castigarlos, por mas que fuera triste y doloroso el cumplimiento de esta obligación. ¡Ah! ¡cuánto mas habrían gozado los que tuvieron la necesidad de ser ejecutores de la justicia, en haber visto volver sobre sus pasos á unos hombres extraviados, en haberlos visto aborrecer sus errores, prescindir de sus proyectos criminales, y unidos todos venir ante el altar de la religion y de la patria, confesando sus faltas para obtener olvido y perdon: pero no: quisieron obcecarse en su proyectos, y al ser vencidos, recibieron el castigo que ellos se prepararon. ¡Si al menos la lección fuera provechosa; si la demagogia aprendiera en ella á apartarse del camino que sigue, nosotros podríamos repetirle á cada paso, para que nunca lo olvidase, que:

Seis cosas son las que aborrece el Señor, y la sétima la detesta su alma:

Ojos altivos, lengua mentirosa, manos que derraman sangre inocente.

Corazon que maquina designios pésimos, piés ligeros para correr al mal.

Testigo falso que profiere mentiras, y aquel que siembra discordias entre los hermanos.

Pero nuestra tarea no está hoy concluida: necesitamos entrar siguiendo al autor del libelo á que nos hemos referido en la relacion de los hechos.

II.

.....et de manu hominis, de manu viri, et fratris ejus requirant animam hominis.

.....y de mano de hombre, de mano del varon y de su hermano, demandaré el ánima del hombre.
Gén. cap. IX, ver. 5.

Entremos, pues, en la narracion de los hechos; pero antes haremos algunos recuerdos para que los demagogos sean mas y mas conocidos.

Cuantos amigos del orden y de la sociedad hacían por todos los ángulos de la República esfuerzos mas ó menos poderosos, y de resultados mas ó menos felices, para derrocar á la faccion de

Ayutla, que en mal hora se enseñoreó en el poder. Puebla, la heroica Puebla, se hizo notable por sus nobles y grandes sacrificios en defensa de la religion y de los sacrosantos derechos de la sociedad y de la patria, hollados por la faccion corrompida é inmundada que disponia á su capricho de la suerte del pais, del porvenir de la República, y hasta de las conciencias de nuestros compatriotas. ¿Quién no recuerda los dos asedios que en dos épocas distintas sufieron en Puebla los restos de un ejército que la política demagógica se empeñó en destruir, porque adivinaba que él seria el que castigaria sus crímenes? ¿Quién no recuerda el valor heroico con que un puñado de veteranos resistieron á fuerzas en quintuplicado número, y con elementos de guerra de que carecian los sitiados? ¿Quién no recuerda que obligados estos á capitular, despues de largos y reñidos combates, arrancaron por su valor, y nada mas que por su valor, una capitulacion honrosa del vencedor? ¿Y quién no recuerda de qué manera ese vencedor, cobarde con los mismos que acababa de vencer, violó villanamente el pacto que habia firmado, humillando y degradando á militares dignos, á generales valientes, recuerdos vivos de la lucha de nuestra emancipacion política? ¡Hombres de la demagogia! así es como cumplís vuestros mas solemnes compromisos, (*) así es como guardais la fé de una palabra empeñada: para vosotros los pactos mas solemnes son una mentira, son una burla á la buena fé, son escarnio á la dignidad del hombre! Y vosotros, hombres de la demagogia, ¿hablais de honor, de dignidad, de nobleza de sentimientos? El honor, la dignidad y la nobleza de sentimientos son para vosotros palabras vacías de sentido, y cuando las tomáis en boca, es solo para profanarlas; pero continuemos nuestros recuerdos. La capitulacion de Puebla garantizaba la vida á los comprendidos en ella. El jóven y valiente Orihuela estaba entre ellos, y sin embargo, Pueblita y Buenrostro lo aprehenden algunos dias despues cuando lo encuentran solo y desarmado, cuando el valiente soldado no podia oponer á sus asesinos otra resistencia que la puramente moral en que podia apoyarse, la que le daba la fé de una capitulacion.

(*) Dígalos el asesinato de Blancarte.

¡Ilusion vana! Orihuela es conducido á Chalchicomula y villanamente fusilado; la víctima muere como cristiano y como soldado; sus labios no tienen para sus verdugos mas que palabras de perdon; su conciencia estaba tranquila, porque moria mártir de la religion y de la patria. ¡Verdugos! ¿No sentisteis que aquella sangre caía gota á gota sobre vuestras frentes? ¿Quién fué, respondednos ahora, el primero en ensangrentar una lucha de hermanos? ¿Quién fué, decidnos si podeis, sin temblar ante la sombra de Orihuela que nosotros evocamos de su tumba, quiénes son, decidnos, los que derraman sangre inocente? ¡Ah, si esa hubiera sido la única! Pero volved los ojos hacia Puebla: cinco jóvenes inocentes son denunciados al esbirro Alatríste como conspiradores; se les lleva á un cuartel, y donde nadie pudo verlos ni oírlos se les acribilla á balazos. En vano preguntan de que se les acusa; inútilmente piden ser llevados á la presencia del que los condena á muerte sin antecedentes, sin oírlos siquiera, sin que hubiera de parte de las victimas ni el mas leve indicio de crimen, de delito alguno. ¿Olvidaban esos buitres sedientos de sangre aquellas palabras del Señor: *y de mano de hombre, de mano del varon y de su hermano, demandaré el ánima del hombre*? ¡Ah, no, no las olvidaban! Es que no comprendieron, que no quisieron comprender las palabras del Señor que nos conservan los libros santos, porque los impíos y los incrédulos no creen ni oyen esa palabra.

Tales eran los hombres de la demagogia en 1857: necesario era este recuerdo doloroso para seguirlos paso á paso en el camino que ellos mismos nos han trazado en su audaz é insolente libelo.

Las ejecuciones de Tacubaya el día 11 de Abril, han sido efecto de la ley, y nada mas que de la ley; por mas que se afecte desconocer esta, ella existe escrita; los que se decidieron á infringirla, estaban sin duda resueltos á sufrir las consecuencias de su delito. Los demagogos en sus escritos ponen en duda el valor de las leyes dictadas por el gobierno emanado del plan de Tacubaya, y no es que lo crean así; pero fingen creerlo para alucinar á los incautos. ¿Con qué títulos, preguntan, puede legislar el

gobierno que ellos llama reaccionario? Con el título, que le da, les responderemos nosotros, el poder de que lo ha revestido la nacion que dos años combatió contra la camarilla de Ayutla, hasta derrocarla, para darse, como se ha dado, un gobierno verdaderamente nacional, un gobierno representante legítimo de las ideas de orden y de justicia, un gobierno reconocido como tal en Europa y en América, y que no ha necesitado ir á mendigar su reconocimiento, ofreciendo en cambio una parte del territorio nacional. ¿Con qué mejores títulos podrán dictarse leyes? ¿Será acaso, con los que se arroga el cabecilla Juárez pidiendo á los Estados-Unidos del Norte su título de presidente? ¿Será acaso con los que adquiere Vidaurri en la frontera, traficando tambien con los enemigos de la nacionalidad? ¿O serán acaso, las leyes que hayan de regir, aquellas contra las que la nacion en masa se ha rebelado, porque estaban en abierta contradiccion contra los intereses legítimos de la sociedad, porque atacaban la propiedad y la libertad individuales, porque rompian los lazos de familia, porque no estaba libre de su insolente amago ni la conciencia misma? La razon y la justicia responderán por nosotros.

Doloroso es muchas veces el exacto cumplimiento de la ley; por eso el magistrado que la dicta, tiene la facultad de dispensarla. Mas de una vez, el grito de gracia de los hombres del bando demagógico, ha llegado en estos últimos tiempos á los oídos del magistrado supremo de la República, y mas de una vez tambien, á ese grito de gracia, ha contestado la voz de la clemencia. Baz pide humildemente que se le conceda su libertad, bajo condicion que él mismo se impone; firma por su propia voluntad un compromiso solemne, y la mano de la autoridad abre las puertas de su prision. Baz rompe su compromiso, y cobarde y criminal, emprende la fuga para unirse á los enemigos de la sociedad.

Juárez con todo su llamado gabinete, son reducidos á prision por el desgraciado Landa en Guadalajara; pudo someterlos al tribunal competente, que habria sin duda pronunciado un fallo

de muerte; pudo haber sido cumplido ese fallo, pero los prisioneros imploran la clemencia de Landa: Landa, que era generoso, porque era valiente, concede á sus prisioneros la vida y la libertad. Mas tarde Landa, en recompensa de su accion generosa, es villanamente sacrificado en Zacatecas, con Manero, Aduna, Drechi, y Gallardo. La sangre de esas víctimas clama al cielo. No resonó entonces en los oidos de los demagogos la terrible voz del Señor, "maldito será sobre la tierra que abrió su boca para recibir la sangre de tu hermano derramada por tu mano." No oyeron tampoco aquellas palabras: *Y de mano de hombre, de mano del varon y de su hermano, demandaré el ánima del hombre.*

Traconis es juzgado y sentenciado á muerte, pide clemencia y obtiene el perdon de su delito. Traconis va luego á militar en las filas de los enemigos de la religion y de la patria.

Fabre y sus cómplices, los que tramaban la conspiracion mas sangrienta y horrible de cuantas hay ejemplo en nuestra historia, son juzgados tambien, y sus jueces pronuncian un fallo de muerte. Fabre y sus cómplices, las esposas y los hermanos y los hijos de estos van hasta los pies del magistrado supremo de la República implorando gracia y perdon, y un decreto de clemencia devuelve el esposo á la esposa, el padre al hijo, el hermano á la hermana. Tal ha sido la conducta del partido del orden, á que los demagogos se empeñan en presentar sediento de sangre. ¿Se quieren todavía mas y mas recientes pruebas de los sentimientos de clemencia de que está animado? Cuando otras nos faltaran, Gorostiza y Chavarría hablarían por nosotros; y si estas no existieran, señalaríamos hoy con el dedo en las calles y en las plazas de la capital, no á uno, sino á cien individuos que, reducidos á prision por trastornadores del orden, fueron puestos en libertad despues del triunfo de Tacubaya, por un acto espontáneo de clemencia de la autoridad.

Sin embargo, la demagogia alza el grito, porque diez y seis de sus secuaces, y no cincuenta y tres, como falsamente asienta el autor del libelo publicado, sufrieron la pena á que la ley los condenaba. Esos desgraciados fueron aprehendidos en el campo

de batalla con las armas en la mano; todos estaban en relaciones con los facciosos: á uno de los diez y seis, D. Agustin Jáuregui, le fué encontrado el despacho de oficial mayor del ministerio de hacienda, espedido por Degollado; á otro D. Manuel Mateos, se le encontró tambien el nombramiento de oficial primero del mismo ministerio, firmado por el propio cabecilla. El ex-general D. Marcial Lazcano, era un militar que habia abandonado sus banderas; desertor del ejército nacional, habia ido á filiarse entre los bandidos; Villagran era célebre entre los secuaces de la demagogia por las depredaciones que habia cometido; y los médicos que se encontraron entre los reos castigados, no estaban en las filas de los demagogos cumpliendo una mision humanitaria; antes por el contrario, olvidados del deber de llevar la salud y la vida á todas partes, llevaban la muerte á sus hermanos. ¿Por qué no escucharían todos estos hombres la voz del Señor: *Y de mano de hombre, de mano del varon y de su hermano, demandaré el ánima del hombre?* La ejecución, pues, de 16 de los prisioneros de Tacubaya, no fué mas que la aplicacion de una pena impuesta por la ley. Nosotros verdaderamente cristianos y mejicanos, hubieramos querido que esos desgraciados, á quienes compadecemos, se hubieran evitado su desgracia apartándose del camino del mal.

III.

Desde el 10 de Abril trabóse una batalla en las lomas de Tacubaya: con estas palabras continúan los demagogos la narracion que á su modo hacen de los sucesos en el libelo de que nos vamos ocupando, y con esas mismas palabras queremos nosotros continuar la narracion que vamos haciendo, porque ellas son la única verdad estampada en el inmundo farrago circulado por los demagogos. Efectivamente, no hay en él cierto mas que el hecho de haberse trabado una batalla en las lomas de Tacubaya el 10 de Abril, y parece que, arrepentido el autor del libelo, de que de sus labios hubiera salido una verdad por insignificante que ella sea, stampa inmediatamente una falsedad, añadiendo que Degollado resolvió emprender una retirada, señalando, dice,

una corta seccion que resistiera el empuje de los soldados de la guarnicion de México. La manera con que los demagogos refieren los sucesos, ¿cuál es la verdad de ellos? México todo pudiera responder por nosotros á esta pregunta. Las principales alturas de la capital estuvieron, los días 10 y 11 de Abril, coronadas de gentes que con simples telescopios seguian paso á paso los movimientos de los combatientes; puede decirse que toda la poblacion de México fué testigo de la batalla de esos días: todos pudieron observar la tarde del 10, que rechazadas las fuerzas de Degollado de los puntos en que disputaban el paso á nuestros soldados, se reconcentraron al molino de Valdez, al Arzobispado, Casa Mata y Chapultepec, para ver si les era posible resistir desde allí el ataque que comprendian que tendrian que sufrir al día siguiente y que ya no les era posible evitar. Tenian que hacer un esfuerzo desesperado, ó entregarse sin combatir á la clemencia del vencedor; escogieron el primer extremo, no por valor, ni por dignidad, sino porque todavia en la confusion de una última batalla, veian una ocasion de robo y de pillaje: combatieron segunda vez y combatieron con denuedo; con el denuedo que les inspiraba su despecho; pero combatieron con mala suerte, porque no tenian de su parte la razon y la justicia. Y no fué una corta seccion la que quedó vencida en los puntos que escogieron como últimos atrincheramientos, no; fué todo el grueso del llamado ejército federal. Si Degollado se retiró dejando solo un resto de sus fuerzas para proteger su retirada, ¿por qué quedaron en poder de nuestras tropas todos sus trenes y toda su artillería? Si esa que se llama seccion era tan corta, ¿por qué quedó en poder del vencedor tan crecido número de prisioneros? Si Degollado se retiró, ¿dónde están las fuerzas que lo siguieron? ¿Por qué cinco días despues de la batalla, entraba en Morelia, sin mas fuerzas que tres ó cuatro hombres que lo acompañaban? Si eso que se llama retirada no fué una fuga, ¿por qué fué quedando el camino regado de documentos que era de suponerse fueran cuidadosamente guardados, supuesto que muchos de ellos comprometen altamente ante la opinion al bando demagógico? Degollado huyó como un vil y como un cobarde; Degollado y los principa-

les cabecillas del llamado ejército federal huyeron como unos infames en los momentos mas comprometidos de la refriega, dejando entregados á su triste suerte á los incautos que tubieron el candor de seguirlos (1). Degollado y los principales cabecillas del llamado ejército federal están presentes solo cuando tienen que reclamar la parte que les corresponde en los robos que cometen; pero Degollado y los principales cabecillas del ejército federal evitan el peligro, ó se ponen en salvo cuando este es inminente.

Los puntos defendidos por el enemigo y la villa toda de Tacubaya fueron ocupados por el ejército leal. Allí no habia hospitales de sangre, allí no habia ni médicos ni cirujanos ocupados en impartir los socorros de la ciencia á los infelices heridos; allí no habia nada que indicara siquiera que la lucha habia sido contra hombres que comprendian lo que de ellos exijia la humanidad y el deber; allí no habia mas que un campo entregado á la clemencia del vencedor, á los sentimientos de humanidad que abraza todo corazon bien formado. La lucha habia concluido; el ejército federal estaba destruido; sus trenes, municiones y pertrechos en poder de nuestras tropas, y todavia se oian tiros por algunas partes. Eran los postrimeros disparos que los fugitivos hacian; ¿y sobre quiénes? Sobre las secciones de nuestro cuerpo médico-militar, que era el único que en aquellos momentos cumplia con los deberes que su profesion y la humanidad les imponian. Cuidadosamente fueron despues trasportados á México todos los heridos sin distincion de clases ni personas. Venid á contemplarlos, vosotros los enemigos del partido vencedor; venid á que ellos os digan los cuidados que se les prodigan, las distinciones que se les dispensan; venid á oír como ellos hacen justicia á esa corporacion municipal que vela por ellos, y que vosotros calumniais, solo por satisfacer el torpe rencor que os anima contra todo lo bueno, contra todo lo digno, contra todo lo grande; venid, en fin, á recibir de esos hombres que dejasteis abandonados en el

(1) Esta verdad es tan clara y tan fuera de duda, que no tiene dificultad en confesarla D. Santiago Vidaurri en su Manifiesto de 26 de Abril.

campo de batalla y que hoy están en nuestros hospitales, el mentis mas solemne de vuestros asertos, cuando acusais de inhumano al partido vencedor.

Aquí queremos hacer mérito de un incidente, aunque no sea relativo á la batalla del día 11.

Un solo médico pasó al campo enemigo, con el esclusivo objeto de llenar á la cabecera de D. Juan José Baz los deberes de su profesion; esto fué público en México, y todos saben que ese médico se llama D. José María Siliceo. ¿Quién le ha hostilizado en lo mas mínimo? ¿De qué persecucion ha sido objeto? ¿Qué castigo se le ha impuesto? Ninguno, porque á ninguno se ha hecho acreedor: llenó sus deberes á la cabecera del enfermo, y hoy libre y tranquilo transita por las calles de la capital.

Esto es una prueba contra las calumnias de los demagogos. ¿Por qué no se habria procedido de la misma manera con los demas, si todos hubieran obrado como Siliceo? Tan cierto así es, que no se castigó á los médicos solo por serlo.

Después de las horas de la batalla, llegó la del castigo de los culpables: la cuchilla de la ley cayó sobre la cabeza de aquellos que lo merecian. Los demagogos en la lista de nombres que publican, incluyen algunos de individuos que no han sido fusilados; tal es entre ellos el del escribano Arteaga. Este y otros pueden desmentir las calumnias que los enemigos del orden levantan al gobierno supremo, solo con el hecho de estar vivos. Esto no necesita comentarios.

Los sacerdotes Hidalgo, Luna y Torres fueron á ofrecer los auxilios espirituales á los sentenciados; mienten los demagogos cuando dicen que tales auxilios les fueron negados. Unos los aceptaron, otros se resistieron á recibirlos, alguno, D. Manuel Mateos, insultó al sacerdote que le iba á hablar en nombre de Dios. Nos horroriza entrar en comentarios sobre este hecho; por otra parte, cuando el hombre está juzgado por el Eterno, ¿para qué una palabra mas? Nosotros sabemos respetar la memoria de los que mueren. Dios los juzgará.

Se miente con descaro, cuando se asegura que los cadáveres de los sentenciados á muerte quedaron insepultos; todos recibie-

ron sepultura, algunos fueron entregados á sus deudos que los reclamaron para cumplir con ellos ese triste y último deber. Con perversas intenciones se aglomeran incidentes falsos, todos sobre la conducta observada, ya con los prisioneros, ya con los cadáveres. La demagogia no podrá presentarnos ni una sola prueba de las imputaciones que hace á los amigos del orden; y mientras no lo hagan tenemos el derecho de decirles: *mentis cobarde y bajamente, sois viles é insanes hasta la degradacion, llevais en vuestras frentes un sello de eterno oprobio; caiga sobre vosotros la maldiccion de Dios y de los buenos.*

IV.

Fácil, muy fácil es inventar incidentes; sencillo, muy sencillo es pintar los sucesos con negros colores; pero cuando se trata de hechos que acaban de pasar, cuando se refieren los acontecimientos que han tenido lugar á las puertas de la capital de la República; cuando se hace respecto de ellos la narracion hasta de los mas insignificantes pormenores, parecia natural que el autor ó autores de esa narracion, presentaran la prueba de sus asertos con sus asertos mismos. De otra manera, la gente sensata puede pensar, mas aún, tiene derecho á creer que se ha hecho un escrito solo de imaginacion, se ha querido demostrar la facilidad en la invectiva; se ha querido, por otra parte, proporcionarse la ocasion de desahogar un necio é inmerecido encono contra los amigos de las garantías y del orden.

Por mas que la demagogia se empeñe en encarecer el mérito de todos y de cada uno de los sentenciados de Tacubaya, nunca será esto una prueba bastante de que no fueron reos del crimen que en ellos se castigó. No la historia de cada uno de ellos, no elogios mas ó menos merecidos y que nosotros no tendremos la villanía de calificar, cuando no nos toca juzgar á los que yacen bajo la losa, no es eso lo que la demagogia necesitaba hacer para acusar de inhumano al partido vencedor. Debía ante la patria y ante el mundo entero rendir la prueba de la inocencia de los que fueron juzgados. Solo ante ella enmudeceríamos; pero esa prueba no puede presentar jamas, porque la inocencia que la dema-

gogia atribuya á sus secuaces castigados, es una mentira. Los que murieron fueron delincuentes, la ley los castigó, ellos se prepararon el camino del cadalso.

A nuestro siglo, á nuestro país, dicen los demagogos, estaba reservada la triste singularidad de ofrecer espectáculos inhumanos, crueles, salvajes, que hacen retroceder la guerra á los tiempos de Atila y de los hunos. Se equivoca la demagogia; no á nuestro siglo ni á nuestro país estaba reservada esa triste singularidad; lo estaba solamente á los secuaces de aquella, á los asesinos de Orihuela, de Landa, de Aduna, de Drechi, de Manero y de Gallardo; de Blancarte, de Piélagos, de Monayo y de tantas otras víctimas de los enemigos de la sociedad, verdaderos mártires de la religion y de la patria, y con todos ellos se han atropellado los fueros de la humanidad, de la ley y de la civilizacion, los preceptos del derecho de gentes, sancionados por los pueblos cristianos. Esto, sin embargo, tiene una explicacion muy sencilla; la diremos en cuatro palabras: los demagogos son los enemigos de la humanidad, para los demagogos las leyes y la civilizacion no son mas que el pretexto de que se sirve para sus actos de verdadera barbarie; para los demagogos el derecho de gentes, es cuando mas una palabra vacía de sentido que nada significa; para los demagogos el cristianismo es menos que una fábula, una irrisión. ¿Por qué, pues, no han de atropellar los fueros de la humanidad, las leyes de la civilizacion, los preceptos del derecho de gentes, sancionados por todos los cristianos?

Ya que al llegar á este lugar de nuestro escrito, hemos estampado los nombres de las víctimas de Zacatecas y de Guadalajara, parécenos á propósito recordar aquí á los que hablan de humanidad y de cristianismo, los pormenores de aquellos horribles asesinatos.

Blancarte, heroico defensor de Guadalajara, que con escasísimos elementos de defensa resiste veintidos dias los formidables y repetidos ataques de una fuerza muy superior en número y en elementos de guerra á la de que él podia disponer; Blancarte, que no se rinde, ni aun cuando sabe que van á ser volados los edificios en que hace una defensa heroica; Blancarte, decimos,

cae en poder del vencedor que ha debido su victoria, no al valor de sus soldados, no á la justicia de la causa que estos defienden, sino á la devastacion y á la ruina de parte de una de nuestras primeras ciudades: porque el *genio* del mal, el demonio del exterminio y del asesinato, cayó sobre aquella desgraciada poblacion.

Descansaba tranquilo Blancarte bajo la fé de la palabra del cabecilla Degollado que le prometió toda clase de garantías; pero un momento despues de ocupada la ciudad, ¿cuál fué la suerte de Blancarte? Preguntádselo á Rojas. Él puede responder mostrando sus manos todavía empapadas en la sangre inocente del ilustre general. ¿Dónde se encontrará un hecho que iguale al del villano asesinato de ese invicto caudillo, uno de los mas beneméritos defensores de la religion y de la patria? En vano quiso Degollado cubrir las apariencias de este hecho criminal para apartar de sí todo el peso de la responsabilidad toda de tan inmenso crimen: la asignacion de una pension á su familia, la orden para aprehender y perseguir á Rojas, no fueron mas que una insolente burla, un torpe medio, como decíamos antes, de que se valió el caudillo demagogo para cubrir las apariencias, creyendo neciamente ser creído. ¡Vana ilusion! La sangre del general Blancarte, al ser vertida por la villana mano de Rojas, cayó sobre las frentes de todos los asesinos, marcándolos con un sello indeleble. La persecucion de Rojas quedó escrita, y ese hombre se encuentra al lado de los cabecillas de quienes fué instrumento para cometer el mas horrible de los crímenes.

Y no fué solo Blancarte el sacrificado; Monayo y Piélagos sufrieron la misma suerte. Para estos se levantó un patíbulo; el segundo de ellos estaba herido, y de su lecho, casi moribundo, fué arrebatado para darle la infamante muerte de horca. Estos hechos no necesitan comentarios; se condenan por sí solos, y á las calumnias que los partidarios de la demagogia levantan al ejército leal y á los amigos del orden, nosotros podemos contestar oponiendo á cada una de ellas un hecho horrible, un verdadero crimen, crimen cierto, evidente, constante á todos, y que

no puede por lo mismo, ser ni siquiera puesto en duda. En cambio ¿dónde están las pruebas de las acusaciones que la demagogia hace al partido del orden? ¿Dónde puede siquiera señalar-nos un crimen como el cometido con Blancarte? ¿Otro como el de que fueron víctimas los defensores de Zacatecas? ¿Dónde? En ninguna parte. Esos crímenes solo se encuentran entre las hordas que devastan una parte de la República proclamando libertad, ilustración, progreso.

Basta pues, a nuestro intento, dejar aquí consignados estos hechos. El mundo, diremos con los demagogos, calificará esos horrores que jamás había presenciado en las guerras mas encarnizadas; y si como dicen ellos mismos, en medio de la guerra todos respetan ciertas reglas de humanidad, cuya observancia es la gloria del valor, ¿por qué en la historia de la lucha que ellos sostienen contra la sociedad, no dan una muestra de respeto á esas leyes que así se proclaman, y que sin embargo mas de una vez han sido respetadas por los mismos á quienes se pretende presentar como asesinos?

V.

Hablan los demagogos del Lic. Jáuregui como de una víctima inocente. Ya hemos dicho en otro de nuestros anteriores artículos la parte que este individuo representaba entre los facciosos que asediaron la capital de la República, y si como una prueba de que estaba entre aquellos, pueden presentarse sus tendencias políticas, nadie podría negar á D. Agustín Jáuregui su completa adhesión á los principios que dicen defender los devastadores de la República. No fué, sin embargo, su opinión la que lo condenó, pues el supremo gobierno ha dado pruebas mas de una vez, de que sabe respetar las opiniones de todos los que, teniendo una creencia política, cualquiera que sea, permanecen extraños á la cuestión que se agita en el terreno de los hechos.

Dícese que D. Agustín Jáuregui fué denunciado y aprehendido en su propia casa. Ya hemos dicho antes, y volvemos á re-

petir, que fué hecho prisionero en las filas de los facciosos; y si los demagogos tienen la ilusión de imaginar que pueden ser creídos, solo por lo que ellos dicen, se engañan miserablemente. Tienen la necesidad de hablar con las pruebas en la mano, pues de lo contrario á todos y á nosotros nos dan el derecho de decirles: *mentis y calumniis cobarde y bajamente.*

¿Cuál era el delito de Jáuregui? Lo saben todos. Hizo causa común con los enemigos de la religión y de la patria, y sufrió las consecuencias de su delito. Nosotros, sin embargo, com-padecemos todavía su funesto error.

VI.

Entre los sentenciados estaba D. Manuel Mateos, joven recientemente recibido de abogado. ¡Lástima grande que, en la flor de su juventud, se dejara llevar por un ciego espíritu de partido! ¡Lástima grande que, en vez de haberse procurado un porvenir y un nombre en el foro de su patria, hubiera ido á manchar el noble título que acababa de adquirir, uniéndose á los enemigos de la sociedad! ¡De cuán distinta manera habríale servido á esta, si se hubiera dedicado á llenar la misión que su profesión le imponía! Cambió el título de abogado por un mentido despacho de oficial de un ministerio; por obtenerlo hizo la guerra á la religión, á la sociedad y á la patria, sufrió el castigo de su crimen, y la demagogia tuvo que contar una víctima mas entre los que ha enviado al sacrificio.

El nombre de Mateos está en la lista de las víctimas que el autor del libelo á que hacemos referencia, ha querido presentar como inocentes; pero por una de aquellas contradicciones tan comunes, y por otra parte tan naturales, en que se incurre cuando no se escribe con lealtad y con buena fé, con verdad y con conciencia, el mismo apologista de los sentenciados de Tacubaya, en el libelo mismo que hemos mencionado, casi sin percibirse de ello, hace la confesión mas explícita de la culpabilidad de Mateos. Pocas son sus palabras, pero terminantes, dicen así:

"Este joven valeroso, instruido é inteligente, habia combatido varias veces contra la reaccion; hacia pocos dias que despues de haber sufrido una larguísima prision, se habia incorporado al ejército federal."

Si nosotros hubiéramos querido probar que Mateos era culpable, no hubiéramos escrito un párrafo distinto del que acabamos de copiar. El es, no solo la prueba de que Mateos fué aprehendido con las armas en la mano, sino la de que él fué tambien uno de aquellos á quienes un acto de clemencia abrió las puertas de su prision. En recompensa fué á unirse á los enemigos de sus libertadores; sus errores, su ingratitud misma, le marcaron el camino del suplicio; él quiso perecer en la flor de su edad.

VII.

Ya lo hemos dicho antes; la demagogia puede citar de uno en uno los nombres de aquellos á quienes quiera suponer ejecutados en Tacubaya; pero por mas que se empeñe, nunca podrá probar que llegó á 53 el número de las víctimas. El tono patético y terrible con que el autor del libelo referido pretende marcar los acontecimientos, los episodios que atribuye á cada una de las ejecuciones que supone, pueden servir perfectamente para forjar un drama de imaginacion; pero nunca para revestir los acontecimientos de la verdad, que no puede darles ni las exclamaciones, ni el carácter exagerado y terrible con que quieren presentarse.

VIII.

Y no es esto todo; el autor del repetido libelo sigue mintiendo con un descaro verdaderamente inaudito. Llega hasta á asegurar que dos niños que venian del interior, hijos de un americano llamado Smit, se detuvieron en Tacubaya, por no poder entrar á la capital. La curiosidad propia de su edad, dice, les hizo salir á la calle: eran rubios y esto bastó para que fuesen conducidos al

matadero. Rechazamos enérgicamente calumnia semejante, tan villana calumnia, propia solo de las almas viles que han podido inventarla. La sana razon y el simple sentido comun vienen en nuestro apoyo. El hecho es de todo punto falso, no puede ser de nadie creído, y sería inútil por lo mismo, detenernos en contestar la calumnia, bástanos solo preguntar ¿dónde estan las pruebas?

IX.

D. Feliciano Chavarría debería ser para los demagogos, un motivo justo para no aventurarse á calumniar de la manera que lo hacen, ya que para ellos no fuera bastante la conducta observada respecto de ese individuo, á confesar la clemencia del gefe vencedor: ¿Se le libró de la muerte por piedad? preguntan los demagogos, y nosotros les preguntaremos á nuestra vez, si Chavarría no se libró de la muerte por piedad, ¿á qué debió la vida? Preguntadlo al mismo que condujo la orden para suspender la ejecucion, él os responderá mejor que nosotros, que en aquellos momentos la clemencia del supremo magistrado de la República devolvió la vida por un sentimiento grande y generoso; y vosotros, hombres de la demagogia, no sois capaces de comprender, á aquel que conforme á las leyes se habia hecho reo de muerte. Así es como el espíritu de partido adultera los hechos, ó se empeña en presentarlos con un carácter que verdaderamente no tienen. Chavarría mismo puede contestar por nosotros la calumnia de sus correligionarios.

X.

Bello salvóse de la muerte con la fuga, segun la narracion del calumniador autor del libelo. El episodio que sobre ese cabecilla refiere, carece por lo menos de verosimilitud, no hay ningun dato que lo apoye, no hay ni siquiera la noticia de la apre-

hension de ese cabecilla; ningún dato tenemos que nos sirva de base para nuestras apreciaciones respecto de ese incidente, la razón natural nos lo hace ver como inverosímil; nos confirma en esa idea la absoluta falta de verdad con que se han referido los sucesos, y por otra parte, y suponiendo sin conceder, que sea cierto el episodio del llamado coronel Bello, ¿qué cargo pudiera resultar de él al vencedor, si como todos sus compañeros había sido aquel cabecilla aprehendido con las armas en la mano y sentenciado con arreglo á la ley? Su fuga no le servirá mas que de prolongar mas el castigo de sus crímenes. Ya pesa sobre él una sentencia.

Su fuga nada arguye en favor de su inocencia, muy al contrario, el criminal es el que busca en ese medio la impunidad de su crimen.

XI.

Los que niegan al partido anti-demagogo todo sentimiento de humanidad, á la vez que ellos se hacen reos de toda clase de crímenes, hasta los mas escandalosos; los que niegan la verdad de los hechos mas notorios á la poblacion de la capital de la República; los que se presentan ante la nación blasonando de virtud cuando solo la tienen en los labios, natural era que no se limitaran en su nauseabundo escrito á lo que hasta aqui hemos ido contestando. Han escrito contra todo lo que su torpe espíritu de partido les ha aconsejado escribir; pero preciso buscan algo mas respetable para hacerlo tambien el blanco de sus tiros, el objeto de sus calumnias. ¿Cómo en un escrito de los demagogos habian de echar de menos los insultos al clero, las mentidas apreciaciones de su conducta, las inculpaciones mas infundadas? Rara nos habria parecido semejante omision de parte de aquellos que cifran todo su orgullo en insultar, en escarnecer á una clase respetable. ¡Miserables!

Porque el clero de la República se ha opuesto á que la Iglesia sea despojada de los bienes que de derecho le pertenecen; porque el clero de la República se ha opuesto á que se prive á la Iglesia de sus altas é indisputables prerogativas; porque el clero de la República con el Evangelio en la mano, y cumpliendo su mi-

sion toda de paz y de reconciliacion, ha recordado á los extravíados las obligaciones que tienen para con Dios, para con la sociedad, para con la patria y para con ellos mismos; porque el clero de la República, en fin, ha querido traer al redil á las ovejas perdidas, esos hombres ingratos y descorazonados han respondido á su llamado con un grito de muerte y de venganza. ¿Por qué atribuir al clero la prolongacion de la guerra civil, cuando la demagogia es sola la que cada dia la enciende mas y mas, la que cada vez la hace mas y mas sangrienta? (*) ¿Por qué llevar la calumnia hasta el extremo de atribuir á ese mismo clero las demostraciones de júbilo con que el ejército vencedor fué recibido por la poblacion de la capital de la República? Nosotros apelamos al fallo de esa misma poblacion, queremos que digan aquellos cuyas casas aparecieron adornadas, qué especie de coaccion se ejerció, y por quien, para lograr que la capital casi instantáneamente saliese del abatimiento en que se le veia durante los dias del sitio, temerosa de los males que se le esperaban en caso de un suceso desgraciado; queremos que los autores del libelo que vamos impugnando, nos presenten sobre este particular una orden siquiera, semejante á alguna publicada en otro tiempo por D. Juan José Baz, imponiendo fuertes multas á aquellos en cuyas casas no aparecian en determinado dia una cortina por la mañana, un farol por la noche.

Las demostraciones de júbilo con que el ejército vencedor fué recibido en la capital de la República, fueron espontáneas, y no podian menos de serlo, porque eran la expresion de gratitud de una poblacion entera, salvada de las garras de mil bandidos por aquellos mismos que eran objeto de tan espontánea ovacion. Muy natural es que la demagogia levante el grito contra esas demostraciones, porque ve en ellas la expresion pública manifestándose explicita, clara y terminantemente en favor de la causa de los buenos principios, y condenando de esa manera inequívoca los crímenes, los escándalos y la conducta de los que se dicen

(*) Traslado al Gobernador de Zacatecas D. Refugio Vasquez.

defensores de la libertad y del progreso. No nos estraña, pues, semejante conducta, porque en ella es donde mejor pintados están los hombres de la revolucion.

Cuando se miente con tal descaro que se llega hasta asegurar que ha habido médicos que se han negado á curar á los heridos del ejército leal, y que los oficiales de éste han sido despedidos de algunas casas, solo por el hecho de estar filiados bajo la bandera de las garantías y del orden: cuando se miente con tal descaro, decimos, se nos releva á los que nos hemos propuesto combatir las calumnias demagógicas, hasta del trabajo de hacer comentarios sobre especies de tal naturaleza, y que no solo no tienen el mas mínimo fundamento de verdad, sino que hasta revelan falta de sentido comun en el inventor de tales especiotas. Las condenamos, pues, al desprecio que merecen, y no queremos ni demostrar cuánto tienen de falso, cuánto hay de vil en usar de armas de esa naturaleza, porque el buen sentido del país entero lo comprende, y condena, como nosotros, tales especies al desprecio, y marca á sus autores con un sello eterno de reprobacion.

La corporacion municipal, que empeñosamente ha cuidado de la asistencia de los heridos, sin preguntar á ninguno en que filas se encontraba á la hora del combate, ha sido tambien objeto de la saña del autor del libelo en cuestion. Era preciso ese rasgo de ingratitud para dar todo su negro colorido al escrito que analizamos; de otra manera la obra de la demagogia habria parecido incompleta. Pero el ayuntamiento calumniado, ha cerrado los oidos al grito apasionado de una bandería, mas bien dicho, ha respondido á él continuando su cuidado á los heridos, y las bendiciones, y las pruebas de mera gratitud de aquellos cuyas dolencias ha contribuido á aliviar, lo dejan sobradamente compensado del insulto que se le hace. Los individuos que componen esa corporacion, firmes en el testimonio de su conciencia, satisfechos de haber cumplido con los deberes que la caridad, la religion y su carácter les imponian, no piden un elogio por lo que han hecho, pero no los agobia tampoco el peso de las infundadas inculpaciones que la ingratitud y el mero espíritu de par-

tido quiera hacerles; las desprecia, y mañana, si necesario fuere, volverá á ejercer los mismos actos de humanidad que ayer.

Continúe la demagogia pintando los sucesos del 11 y 12 de Abril, ú otros si quiere, con los colores mas negros que á su obstinado rencor le plazca; nosotros responderemos á ellos presentando por única respuesta la verdad de los hechos, porque sabemos que cuando ellos son notorios á todos, no hay nada que pueda hacerles perder ni un ápice de esa notoriedad. Así es que las falsas apreciaciones, las narraciones mentidas y exajeradas llevarán en si mismas sus respuestas; mas aún, la vergüenza y el desprecio á que la sociedad entera condenará á esos necios y mas que necios, criminales autores.

XII.

La relacion que hemos hecho de los sucesos, al ocuparnos de los demagogos y sus escritos, ha sido tan sencilla como verdadera, y cuando nos proponemos dar fin á esta tarca, podemos con mas justicia que el autor del libelo que hemos refutado, decir: Los comentarios son superfluos, las reflexiones inútiles. Un grito universal condenará unánimemente la conducta de los demagogos donde quiera que latan corazones generosos, donde quiera que haya ideas de humanidad, donde quiera que las palabras de justicia, caridad y religion, no sean, como entre ellos, palabras vacias de sentido.

El partido de las garantías y del orden en la lucha que sostiene contra la demagogia, descansa en el testimonio de su conciencia que le dice que ha cumplido con su deber, por mas que ese cumplimiento haya podido serle doloroso. Mienten los demagogos cuando aseguran que no se ha dado publicidad á los sucesos de Tacubaya, y que hasta se han ocultado los nombres de las víctimas: en nuestro diario se han publicado todos los sucesos: recórranse nuestras columnas y se encontrarán en ellas los partes dados sobre las acciones de Tacubaya por el Excmo. Sr. general

Márquez: allí mismo están las listas de los prisioneros, entre los que se encuentran los que fueron ejecutados: uno á uno están citados por sus nombres, y si esto se llama no dar publicidad á los hechos, no sabemos de qué otra manera pudieran hacerse mas públicos, tanto mas, cuanto que puede decirse que ellos han pasado á la vista de 200,000 habitantes.

XIII.

Para concluir, queremos usar de las palabras de nuestros adversarios, que á ellos, mejor que á otro ninguno, pueden serles aplicadas; así es que decimos con ellos: La contienda actual, al arrojar la turba de asesinos que forman lo que se llama partido liberal, su hipócrita máscara al presentarse en su deforme desnudez, pierde todo carácter político: el partido funesto que hace de la independencia una mercancía, y que sacrifica sin piedad á gefes pundonorosos y valientes, á oficiales dignos de la causa que han defendido, á sacerdotes dignísimos, á ciudadanos, en fin, que pacíficos y tranquilos no tienen mas delito que su amor al orden; ese partido, decimos, no quiere mas que oro y sangre, no tiene otra bandera mas que la del crimen y la de la venganza.

Cuando una comarca es desolada por manadas de bestias feroces los hombres no se ocupan de opiniones políticas.

¡Victimas de Puebla, de Zacatecas, de San Luis, de Guadalajara; victimas sacrificadas en cien y cien combates, dormid en paz! Vuestros verdugos os han abierto las puertas de la inmortalidad, han coronado vuestras frentes con la aureola del martirio y de la gloria, y estais ya en la mansion de la eterna justicia.

Esa justicia ha condenado ya á los verdugos que no podrán librarse del castigo de su culpa, porque seis cosas son las que aborrece el Señor, y la sétima la detesta su alma.

Ojos altivos, lengua mentirosa, manos que derraman sangre inocente;

Gorazon que maquinó designios pésimos, pies ligeros para correr al mal;

Testigo falso que profiere mentiras, y aquel que siembra discordias entre los hermanos.

El Señor ha dicho.....y de mano de hombre, de mano del varon y de su hermano, demandaré el ánima del hombre?

No, no se librarán del castigo de su culpa, porque aunque huyan de la patria, en el destierro los perseguirán sus remordimientos, y todas las naciones cultas los recibirán con horror y con espanto.

¡Dios Santo, tú que amparas al pueblo mexicano en sus tribulaciones; tú que das fuerza á su brazo para que sostenga tu santa causa, manda un rayo de tu divina luz para alumbrar la mente de los que, obcecados en sus crímenes, hacen escarnio de la Ley de gracia, traída al mundo por tu Hijo á costa de su sangre!

¡Dios de las naciones, haz que los extraviados laven su baldon en las aguas del arrepentimiento, que conozcan la justicia y la virtud, y que confesándote á ti solo Grande, á ti solo Omnipotente, acaten tu justicia inexorable!

GUADALAJARA. 1859.

Tipografía de Dionisio Rodriguez.



UAN

IDAD AUTÓNOMA DE NUEVO

CIÓN GENERAL DE BIBLIOTEC